

UN DESCUBRIMIENTO
PRODIGIOSO

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. A. RIBOT Y FONTSERE,

Edicion de La Voz de México.

MEXICO.— 1872
IMPRENTA A. CARGO DE M. ROSELLO
Escalerillas número 21.

UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO

OPERA ESCRITA EN FRANCÉS

JULIO VERNÉ

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR M. X. BIRDT Y PORTERRE

Editorial de los señores

MEXICO - 1878

LIBRERIA A. GARGO DE M. ROSALES

Reservados todos los derechos

UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

I.

EL ANUNCIO.

Amaneció un día en que tenía preocupados á todos los parisienses un escrito autografiado que se había repartido profusamente durante la noche. Su contenido era el siguiente:

“Los que el próximo domingo, 1º de Junio, se encuentren á las doce en punto en la plaza de la Concordia, asistirán á la primera manifestación de la mayor de las revoluciones presentes y futuras:

“La palabra *revolucion* no debe asustar á nadie, pues no se trata de una revolucion política, ó al ménos sus consecuencias políticas y sociales, ya

“que deben ser con el tiempo de mucha trascen-
 “dencia, no se producirán de una manera inme-
 “diata y directa.

“Tambien produjeron en los destinos del mun-
 “do revoluciones inmensas la invención de la im-
 “prenta, de la pólvora y del vapor, y el descu-
 “brimiento de América. Del género de dichas re-
 “voluciones es la que se anuncia.

“Verdad es que todas ellas reunidas son una
 “bagatela comparadas con la que se prepara.

“Los que vean su primera manifestacion po-
 “drán consignar entre sus grandes recuerdos per-
 “sonales una fecha la más memorable en los ana-
 “les de la humanidad.

“Esta manifestacion empezará á las doce en
 “punto en la plaza de la Concordia, y continuará
 “hasta las cinco en los Campos Elíseos, en el jar-
 “dín de las Tullerías, en los paseos públicos, en
 “los baluartes y muelles, y en todos los demás
 “puntos en que se pueda acumular la muchedum-
 “bre al aire libre.

“La autoridad hará muy bien en tomar medi-
 “das de orden para evitar desgracias. Tomará
 “tambien, si lo considera conveniente, las debidas
 “precauciones para prevenir acontecimientos po-
 “sibles, si bien lo único que puede temer es una
 “afluencia excesiva.

“Los que funden su amor propio en efectar in-
 “credulidad respecto de lo que se dice en este
 “anuncio, los que crean ver en él la ilusion de un
 “loco ó algun ridículo engaño, no tienen que ha-
 “cer más que fijar su atencion en la manera ines-
 “plicable con que se ha repartido este escrito,
 “para convencerse de que en la presente ocasion
 “no serán los más perspicaces los ménos crédulos.

“Aténganse á las pruebas incontestables que,
 “á las doce en punto del día primero de Junio,
 “se darán en la plaza de la Concordia.”

Esta hoja volante se encontró esparcida por to-
 do Paris, cinco ó seis semanas ántes del primero
 de Junio, despues de una noche oscura y lluvio-
 sa. Empleáronse en la distribucion todos los me-
 dios, hasta los más incomprensibles.

Muchos la recibieron por el correo, y algunos
 dentro de un sobre sin sello de franqueo. Otros re-
 cojieron ejemplares en los patios de las casas, en
 los balcones, en los alféizares de las ventanas, en
 los tejados de las boardillas, en las escaleras, den-
 tro de las chimeneas, no siendo en ellas preciso el
 fuego por lo primaveral de la temperatura. Desde
 el amanecer recogieron muchos ejemplares los bar-
 renderos y traperos. Los habia en todos los mo-
 numentos que ofrecian alguna abertura que no ha-
 bia sido cerrada de noche, en los mercados, en las

iglesias, en los teatros, en los salones de la Bolsa y de la Audiencia, y en los bailes públicos, y en las estaciones de los caminos de hierro. Se les veía entrelazados con las ramas y el follaje de los árboles, se les veía metidos en las agujas de los pararrayos, y enganchados por todas partes y á todas las alturas, donde quiera que habia un clavo, una escarpia, una prominencia, un ángulo saliente, una persiana, un techo. Muchos flotaban sobre las aguas del Sena, arrojados por el viento de las cornisas y techumbres. En la plaza de la Concordia, estaba de ellos cubierto el obelisco [de Luxor. Alrededor y á diferentes alturas, hasta llegar á la cúspide, colgaban de una especie de coronas de cuerdas ejemplares enhebrados que agitaba el viento. Trabajo costó despojar de aquellos insólitos adornos al venerable monumento, y si bien se procedió á la operacion desde muy temprano, siendo necesarias al efecto largas escaleras de mano, no se pudo evitar que muchos testigos la presenciásen. Los que, no obstante el mal tiempo, habian pasado en la calle la noche precedente, contaban que les habian caido ejemplares en los paraguas. Aquel dia, y en otros sucesivos se cogieron en Paris y en los alrededores pájaros diferentes, palomas, gorriones y golondrinas, que llevaban el escrito atado al cuello con un hilo. Largo tiempo

despues se veian aun revolotear no pocos. Hasta en Bélgica, Córcega y Argel se cazaron algunos.

Todo esto era más que suficiente para excitar la curiosidad pública y llamar la atencion de la policía.

El público no se ocupaba tanto del contenido de la hoja, como de la manera con que se habia hecho el reparto. Recordábase la historia de una casa que en 1848 se llenó de piedras en una sola noche, sin que se haya podido hallar hasta ahora una explicacion satisfactoria del fenómeno. Todos se afanaban en explicarse tan sorprendente maravilla; pero todos, como suele decirse, se quedaban en ayunas. Solo en un punto estaban de acuerdo, y era en que los repartidores debian ser numerosos y habian dado una gran prueba de discrecion y destreza..... ¿Qué fin se proponian, y qué habia en el fondo de todo aquello? Segun la opinion más acreditada, todo se reducía á una gran burla de un petardista de buen humor que queria reírse de la credulidad pública. No obstante la reflexion bastante plausible que contenia el escrito, nadie se hubiera atrevido á afectar que creia en algo real. Se reconocia perfectamente que la chanza no valia el trabajo y el dinero que debia haber costado. ¿Pero acaso un bromista repara en peligros? Referíanse muchas anécdotas de escritos

echados á las habitaciones por las ventanas abiertas, y hacíase también mención de cristales rotos y de una mano cubierta con un guante que algunos decían haber entrevisto, pero no se daba ningún crédito á semejantes cuentos. Los más sagaces suponían que era aquello un reclamo industrial, cuyo autor esperaba que se hubiese hablado de él suficientemente para darse á conocer, ántes de anunciar un nuevo insecticida ó una pomada anticálvica. En cuanto á ir el primero de Junio á la plaza de la Concordia, no había uno que no dijese que no daría un paso que le había de acreditar necesariamente de demasiado crédulo.

Pero en el fondo, y sin decirlo, los más excépticos se prometían *in petto* asomarse á su ventana como tuviese vistas á alguno de los lugares en que se ofrecía la escena. Los que no gozaban de esta ventaja, meditaban un pretexto plausible para hallarse fuera de su casa y atravesar, si era posible, la plaza de la Concordia el 1º de Junio á cosa de las doce. Y cada cual, en vista de la incredulidad de todos los demás, se figuraba ser el único á quien se había ocurrido semejante idea.

La policía y la autoridad participaban de las impresiones del público, pero se sentían algo más preocupadas. Detrás de aquella pretendida farsa podía muy bien haber alguna segunda intención

política, tal vez un complot. ¿No era quizás un medio ingenioso para atraer á un punto dado una muchedumbre enorme y provocar movimientos populares? Se resolvió ponerse en guardia por lo que pudiera tronar, pero disimuladamente, para no comprometer la dignidad del poder, pareciendo dar importancia á lo que podía muy bien ser no más que una fruslería. Se decidió igualmente no omitir medio alguno para tratar de averiguar el misterio. Se ordenó hacer dos sumarias, una de ellas por medio de la policía y la otra judicial.

El expediente por medio de la policía no requería pretexto alguno. Los comisarios recibieron orden de reunir todos los datos que pudiesen recoger sus agentes, y enviarlos á la prefectura para centralizarlos. En cuanto á la sumaria judicial, estaba suficientemente justificada por las circunstancias del enigmático reparto. Y, ámen de todo, era un reparto no autorizado, pues el impreso no había sido presentado á la autoridad competente, no llevaba nombre de impresor, y hacía sospechar que procedía de alguna prensa autógrafa clandestina. Es posible que no contuviese ningún delito perfectamente caracterizado, pues si bien carecía de timbre, no podía decirse en rigor que se ocupase de materias políticas y de economía social. Pero se hablaba de cristales rotos, lo que consti-

tuía una serie de hechos verdaderamente punibles. Había en todo más de lo necesario para motivar una sumaria en averiguación de los autores, más ó ménos justificables bajo diferentes puntos de vista.

La información de la policía produjo una balumba de documentos. Los agentes recogieron concienzudamente todos los cuchicheos que llegaron á sus oídos. Los *dícese* se multiplicaban incesantemente. No se hablaba de otra cosa en los salones, en las tertulias, en los cafés, en las fondas, en la Bolsa, en la Audiencia; pero donde especialmente se propalaban las especies más inverosímiles, era en los cuartos de los porteros y en las tiendas de comestibles. Desgraciadamente, era casi siempre imposible remontarse á la fuente de la noticia. Ocioso sería referir todos los incidentes que habían engendrado la imaginación, los cuales iban creciendo á medida que pasaban de una boca á otra. Algunos se reproducían con variantes, pero con una persistencia singular, en puntos muy distantes unos de otros.

Un estudiante, que vivía en un cuarto muy alto del barrio chino, contaba que á cosa de las dos de la mañana, no pudiendo conciliar el sueño, se levantó para coger un libro, y de repente se rompió con estrépito un cristal de su ventana, y cayó al

suelo otro objeto. No le permitió la oscuridad distinguir más. Se precipitó hácia la ventana, la abrió, y nada percibió fuera. Entónces encendió una vela, y encontró un objeto redondo envuelto en un papel en que se leían estas palabras: *por el cristal roto*. El objeto redondo que contenía el papel era una moneda de cinco francos. El papel era un ejemplar autografiado del famoso anuncio.

En los barrios de Mouffetard, de la Bastilla, de la Opera y de los Campos Elíseos, en el de San German, en Montmartre, en Vaugirard y en Montrouge, algunos decían haberles despertado con sobresalto el ruido de un cristal roto, y que en seguida habían hallado junto á la ventana una moneda de cinco francos envuelta del mismo modo que la del estudiante. Otros, entrando por la mañana en su salón, en su gabinete ó en su comedor habían encontrado también, previa la rotura de un cristal, un objeto análogo. Examinada detenidamente la forma de las roturas de los cristales, parecía imposible que estuviesen estas producidas por el solo choque de la moneda de cinco francos.

Era digno de notarse que los cristales rotos, pertenecientes indistintamente á ventanas que daban á la calle ó al patio, no correspondían en ningún caso á habitaciones que estuviesen alumbradas al verificarse la rotura. Era indudable que los

autores del reparto nocturno, que debían ser muchos, habían puesto mucho cuidado en evitar que se les viera. Sin embargo, había quienes afirmaban haber notado algo, y, vista la gravedad del hecho, se les obligó á declarar ante la autoridad judicial.

El encargado de la sumaria era un magistrado de reconocida confianza, á quien se entregaron los voluminosos informes recogidos en la prefectura de policía. Dejó á un lado todo lo que presentaba un carácter demasiado fabuloso, como, por ejemplo, las declaraciones inadmisibles de personas que pretendían haber distinguido en los aires un bulto negro, de figura casi humana, entre otros dos bultos informes á quienes sostenían ó que le sostenían, gesticulando como un sér fantástico, y moviéndose con una rapidez que ya que no igualase á la de una bala de cañon excedía á la de un venejo. El juez no hizo caso más que de los hechos que ofrecían alguna verosimilitud ó al ménos alguna posibilidad. Oyó á todos los que habían tenido cristales rotos y recibidos monedas de cinco francos, siendo estas provisionalmente retenidas como cuerpos del delito. Pero ni el año de la acusación ni otra señal alguna característica pudo suministrar indicios útiles. Se recogieron doscientas próximamente, lo que representaba para el solo objeto del reparto un gasto de 1,000 francos. Los

impresos enviados por el correo, que pasaban de dos mil, aunque no era posible determinar el número de una manera precisa, habían costado solo en sellos más de 200 francos, sin contar el gasto de exceso de peso de unas cincuenta cartas. Por las investigaciones practicadas en correos se pudo saber únicamente que las cartas habían sido presentadas al franqueo por un individuo de quien ningun empleado hizo el menor caso. Dijo llamarse *Nagrién*, lo que es un nombre supuesto, y supuestas eran también las señas que dió de su casa. Se probó que las roturas de los cristales se habían verificado casi simultáneamente ó á intervalos muy cortos en barrios muy distantes unos de otros, de lo que parecía lícito deducir que los repartidores no bajaban de cincuenta y eran tal vez más de ciento, sin contar el número mucho mayor aun de los que habían ido distribuyendo impresos por todas partes. Muy caro debió costar aquel personal, y mucho dinero se tuvo que invertir en autografías ejecutadas clandestinamente. Por lo demás, á nada condujeron las multiplicadas revisiones de los caracteres autografiados, la letra de los sobres de las cartas recibidas por el correo, la clase del papel empleado, las cuerdas y cordeles colgados del obelisco y demás reconocimientos periciales. Completamente infructuosas fueron las

averiguaciones que se hicieron en los almacenes de papel, en las cordelerías y en los puestos de pájaros. Se apuntaron con la mayor minuciosidad las declaraciones de algunos sugetos de que hemos ya hecho mencion, los cuales decian haber visto algo más que los otros.

Seis personas que al salir del teatro habian cenado y jugado en casa de uno de ellos, en una pieza bastante reducida de un cuarto cuarto, á cosa de las tres de la mañana abrieron la ventana para que se renovase el aire saturado de humo de tabaco, y un instante despues cayó dentro de la habitacion una multitud de anuncios. Nada se vió en el exterior, y solo uno de los concurrentes dijo que habia creido distinguir en el tejado de la casa de en frente una sombra negra que se deslizaba detras de una chimenea. Llamóse á declarar á todos los vecinos de dicha casa, y solo se supo que al dia siguiente uno de ellos habia encontrado algunos ejemplares en las dos chimeneas de su cuarto.

En otro barrio un médico habia sido llamado por la noche para ir á visitar un enfermo. Una feliz casualidad quiso que su criado, que tenia una luz en la mano, abriese la puerta del dormitorio de su amo en el acto de romperse con estrépito un cristal de la ventana. El médico y su criado afirmaron categóricamente que al trasluz del traspas-

rente habian visto una mano con un guante grueso, parecido á los que se usan en las salas de armas, que, despues de romper el cristal, dejó caer un objeto en su habitacion y desapareció luego. Fuera de la casa no vieron nada.

Otras dos personas, que eran marido y mujer, hallándose despiertas en el momento de romperse un cristal de su cuarto, dijeron tambien que habian visto, aunque algo más vagamente, una mano con guante, gracias al resplandor proyectado en la ventana por el mechero de gas de un farol de la calle.

Otras muchas declaraciones se tomaron que no hay necesidad de referir, sin que fuese posible prender á nadie como acusado de una complicidad ó participacion cualquiera. Todos aquellos sobre quienes habia recaído momentáneamente alguna sospecha se justificaron de la manera más satisfactoria, y hubo que sobreseer en la causa.

Las conclusiones que de sus pesquisas sacaron el prefecto de policia por una parte y por otra el juez, fueron las siguientes:

Que nada se podia afirmar acerca de la naturaleza del objeto de aquel reparto de impresos, si bien dicho objeto era evidentemente grave y debia desecharse la idea de una simple broma;